

DIARIO DE LA COSTA

Guillermo Saavedra

HERÁCLITO

Luego de emprender
la guerra cotidiana
contra el mundo,
finalmente desiste,
más hermosa
que nunca.
Un gato intenta
compartir esta tregua
pero es expulsado
con un plato de leche
más allá de los límites
del corazón de fuego
de la casa.
Ella, entonces,
comenta en voz alta
un florilegio
de los presocráticos.
Mientras Heráclito
reina entre nosotros
—“el logos es algo
más importante
que el discurso”,
se queja ella
de los malos exégetas—,
recuerdo que la he soñado
como un monumento
sensual:

entre pliegues de pasión,
yo intentaba colocar
en ella
una pequeña placa
conmemorativa.
No era mero discurso
sino pensamiento
hecho carne
lo que esas pocas
palabras
me dictaban
en aquel sueño
donde todo ardía
en el fuego impiadoso
de los griegos
de Oriente.

En el viaje, me cumplo
una promesa sencilla:
volver a las novelas
de aquel belga
en donde no brilla Maigret
sino los hombres grises,
abandonados a una suerte
que es la nuestra.
Cumplo con la curiosa
coincidencia
de encontrar en un libro
con páginas en blanco
la misma soledad
desazonada
de los hombres de Kafka,
las figuras que Beckett
dibujó en la arena
de un siglo
demasiado ruidoso.
Sinuoso Simenon
de reputación perjudicada
por una pluma ligera,
la afición al orden
y el tabaco bien curado.
Y sin embargo escribe,
con letra muy pequeña,
idéntica aventura
de gente abandonada
a la suerte insular
de no entender del todo
cómo el orden dispone
su lógica maltrecha.

BANANA

Parece natural,
pero el esfuerzo
de su curva
no es innato.
Ha debido creer
en la necesidad
o en el destino
para trazar el arco
que la hace única
en la lujosa fiesta
de las frutas.

PLANTAS

No es que ellas
sean mejores,
apenas diferentes:
impávidas, asisten
al grueso espectáculo
de nuestras
conspiraciones.
Sus actos
siempre leves
parecen
más sutiles
por falta
de intenciones.

HUMANUM EST

La propia
condición
atenta
contra el juicio:
las cosas,
con su espuma
tan alta
como el tiempo
y sin embargo
inmóviles,
de nada son
testigo;
y el tiempo
desvanece.

MUNDO DE SANTIS

Ha convertido
el mundo
en un juguete,
en miles de muñecos
y máquinas sin fe,
irresponsables.
En él, no hay sangre
verdadera,
ni muertes
muy definitivas.
Sus gentes
son figuras
que cruzan
fugazmente
el aire inalterable
de la página.
Y sin embargo
no son planas:
no las mueve
el amor
sino la savia
espesa
de una frase
perfecta.

AYUNOS

Bach no
creía
en Dios
del modo
en que
suele
pensarse
la fe.
Escuchando,
al menos
sus Variaciones
Goldberg
—como Ella dice,
el cristal
de la luz
se expone
en ellas
en un solo
plano
de felicidad—,
se sospecha
que Bach
prefirió
los beneficios
de la duda,
una tranquila
incertidumbre
al cabo de
la cual

siempre
encontró la
prueba
de una existencia
divina.
Despojado
de la carga
de alimentarse
diariamente
de una imposible
certeza,
pudo escribir,
en el aire
ligero
de sus
polifonías,
la clara
y sencilla
alegría
de sospechar
que Aquel
está presente
de modo
discontinuo.
Y es esa
intermitencia
la que confiere
a los hiatos
de su ausencia
la voz de una
necesidad
que permanece
y que llamamos
música.

